

Eje III: “Creación o imitación”.

Arte, cultura y comunicación en América Latina

Mesa 11: Arte, cultura y estética

Título de la ponencia: **Muchedumbre y caudillo: las posibilidades de la negación como momento constitutivo de la fraternidad**

Autor: **Domingo Ighina** (UNC)

Resumen

En 1945 sucedió un acontecimiento extraordinario en la historia argentina, el 17 de octubre. La irrupción de una política de masas permitió al movimiento emergente recuperar el tercer principio de la modernidad política occidental, el de la fraternidad (Perón, 1947). Este principio que sostenemos estuvo ocultado por los diseños políticos e intelectuales de las élites, se reconfigura en el pensamiento argentino a partir de los escritos de Raúl Scalabrini Ortiz.

Nos interesa aquí indagar cómo en textos poéticos –*Tierra sin nada, tierra de profetas* (1946) como en *Los ferrocarriles deben ser del pueblo argentino* (1946), Scalabrini pretende utilizar la idea de muchedumbre como símbolo capaz de generar el sustento simbólico de una nueva forma y diseño político donde la preponderancia de la élite es limitada por la emergencia activa de la fraternidad

Palabras clave

Scalabrini Ortiz – muchedumbre - fraternidad

Rodolfo Kusch despliega su escritura dramática durante el segundo lustro de la década de 1950. El cambio de registro –del ensayo filosófico de fuertes perspectivas estéticas, a la literatura teatral- puede deberse a una puesta en juego de algunas de sus afirmaciones más complejas y osadas respecto del arte americano. Por otra parte resulta claro que la experiencia peronista, de la cual Kusch no hace referencia explícita en este período, obliga sin dudas a asumir una serie de problemas que parecían no mera contingencia, sino raigales cuando de historia y culturas argentinas y latinoamericanas se trata.

La seducción de la Barbarie (1953) ya había intentado debatir algunos elementos centrales de los debates ocurridos una vez derrocado el gobierno constitucional en 1955.

Le referencia al caudillo ubica el temprano texto kuscheano en un debate político de larga tradición en el país¹ pero que había adquirido una significación distinta a la luz de la experiencia peronista.

En *La seducción de la barbarie* en el capítulo IV –“El mestizaje mental o la superación negativa”- Kusch plantea que entre la tierra y la ciudad, entre la realidad y la ficción, se erige como equilibrio negativo –es decir, como equilibrio de opuestos que corrompe uno de sus términos en tanto participa de la negación de lo afirmado-. El caudillo encarna una “vitalidad autóctona” que emerge sin doblegar, a diferencia del tirano mestizo, porque no cree en la certeza de la ley de la ciudad y actúa “como un árbol solo”, domina a distancia, y puede surgir de esa tierra, crecer, amparar y morir luego, para que, seminalmente, surja otra de sus semillas o raíces del suelo para gestar un árbol nuevo, el mismo. Kusch completa, extrañamente, el párrafo afirmando: “La masa en todo esto no cuenta, porque es silenciosa e inexpresiva, como lo puede ser la fuerza natural antes de informarse” (KUSCH, s/f: 53).

Kusch recupera el tema del caudillo que, como vimos, no carecía de tradición. Realiza una lectura que de alguna manera lo pondría en el “bando revisionista”² en tanto asocia al caudillo con la “realidad” y escinde su significación de la del dictador latinoamericano, que medra a la sombra de la ficción ciudadana. Hasta aquí Kusch no ingresa a la discusión sobre el punto con argumentos muy novedosos. Pero sin embargo irrumpe con dos afirmaciones que lo sacan de las filas de uno u otro bando. En primer lugar el caudillo no doblega, no impone. Pareciera que el sema más destacado de todo caudillo es su capacidad de conducir e históricamente de enfrentar, mandar, doblegar al enemigo. De ahí su consideración de fuerza natural –el “tigre” sarmientino- o heroica –el héroe homérico de

¹ Desde *Facundo* (1845) el tema/problema del caudillo recorrió fuertemente la discusión política en Argentina. Una suerte de primera formulación del “populismo”, el caudillo fue asociado a la Barbarie, en tanto su instrumento ciego y natural -Quiroga para Sarmiento en su libro de 1845- o su constructor artero y artificial –Rosas para el mismo sanjuanino-. *Las neurosis en los hombres célebres de la historia argentina* (1907, en su versión definitiva) de José María Ramos Mejía, *Facundo* (1903) de David Peña, son textos precursores, en el feroz marco del Positivismo, en el sentido de convertir un anatema en un problema. El Centenario va a permitir una relectura del caudillo, pero moderada. Es la década del 1930 la que permite la emergencia de un debate histórico que irá recuperando la figura del caudillo, como parte de una memoria colectiva que tiende a cuestionar el poder. Los usos y elaboraciones más o menos facciosas de esa memoria popular y colectiva en torno al caudillo es parcialmente nuestro tema. Para poder profundizar este problema, desde diversas miradas, sugerimos: PRIETO, Adolfo (comp.) *El rosismo en la literatura argentina* (1968), SVAMPA, Maristella: *El dilema argentino: civilización o barbarie* (1994), QUATTROCCHI.WOISSON, Diana: *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, IGHINA, Domingo: *El libro de los reyes. Ensayo sobre el caudillo en la narrativa de Manuel Gálvez* (1998).

² Entenderemos aquí por “Revisionismo” a la corriente historiográfica que cuestiona, desde distintas posiciones políticas, la historiografía que en Argentina se llama “oficial”, es decir la que fue escolarmente difundida en el calendario festivo –feriados nacionales-, en los libros de enseñanza, pero sobre todo aquella que asentada sobre las premisas de civilización y progreso delineó una teleología de la historia del país. La obra de Bartolomé Mitre sería el paradigma y la fuente de la historia oficial. El Revisionismo en cambio busca recuperar aquello que ha sido negado en la historiografía oficial, o descripto como obstáculo. En un primer momento el Revisionismo se dedicó fuertemente a reivindicar la figura de Juan Manuel de Rosas, para luego, a medida que el debate político del país alcanzaba complejidad, abordar otros problemas y construir nuevas perspectivas. No se pretende agotar en esta nota un fenómeno tan polisémico y heterogéneo, simplemente se quiere encuadrar la lectura.

David Peña-. Kusch hace una distinción entre dominar “a distancia” y doblegar. El ejercicio despótico del poder es ajeno al caudillo; no se trata de un militar violento o de un tirano al uso, sino de una fuerza vegetal que “se da” y tiende a proteger, no a transformar o cambiar. Esto se deriva de la inexistencia de tensión dialéctica en América. Los opuestos se concilian, no sin conflicto, y alcanzan un equilibrio, uno de cuyos síntomas es el caudillo.

¿Qué es dominar a distancia? Es una analogía –abundantes en este primer texto kuschiano– que ubica la posibilidad americana como un espacio dado, ajena a la historia como Europa propone en su acción conquistadora, y dada simplemente a un “demonismo vegetal” que en el mejor de los casos puede dar vida, amparo. El caudillo actúa entonces, en el demonismo vegetal de América, casi como el ombú solitario que da sombra y cobijo a la vida en un desierto verde. El caudillo es resultado de la falta de tensión, ya no sólo entre el bien y el mal, lo fasto y lo nefasto, sino entre la ficción de la ciudad europea y la realidad vegetal del continente. No hay programa en el caudillo ni superación desaforada del demonismo en pos de la ficción dinámica del progreso y la ciudad. El caudillo opera a modo de gestador de una posibilidad de vida más, casi de supervivencia. Por eso “abarca toda la ficción”. Trasciende el mero hecho de oponerse a la colonialidad o al dominio oligárquico de la polis y todo lo contamina, todo lo deja en estado de corrupción hedienta. El caudillo no es violento porque piense en matar para gobernar. Tiene la complejidad de Macbeth de Shakespeare: mata, sí, por ambición y control, un tirano más, pero también desplaza el eje del poder hacia cierto fatalismo que hace que la historia no sea la del orden y la ley, sino un dictado de lo absoluto del cual el héroe trágico shakespeariano es instrumento indócil pero efectivo. El caudillo, entonces, cumple un destino fatal: impregnar el mundo de la ficción y el progreso de la incredulidad en el determinismo legal que pretende. El caudillo arruina lo que la ciudad impone, lo corrompe, y es un instrumento de fagocitación.

En esto radica la diferencia con el tirano –que “está en la misma sombra” que la ficción de la ciudad– y no necesariamente será eliminado o expulsado de la ciudad y su historia. En cambio el caudillo sí, porque representa el polo vegetal y distendido de América, la falta de la tensión que Europa cree creadora de las cosas. El caudillo es el refugio para vivir sin esa “tensión”, para alcanzar un equilibrio de opuestos y mantiene así vivo “el reverso de América”. Puede agotarse porque no se perpetúa en una legalidad que está siempre en manos de la ciudad, pero “existe” como semilla dispuesta a crecer para amparar. Cuando tal cosa hace sufrir el embate de la ficción, aunque la pueda dominar, y en esa tensión puede formar parte de un juego de objetos que lo agoten. Así, el Rosas de “Diálogo de muertos” de Borges podrá afirmar: “Yo no necesité ser valiente. Una lindeza mía, como usted dice, fue lograr que hombres más valientes que yo pelearan y murieran por mí. El valor, es cuestión de aguante; unos aguantan más, y otros menos, pero tarde o temprano todos aflojan” (BORGES, 2011: 34). Rosas no escapa a la ficción de ser dictador o tirano –“otros por mí”–, y el riesgo de constituir un sistema de ciudad lo expone a la tensión de la historia. Frente a un Facundo que dice que “[a mí] me tocó guerrear en por las soledades de América, en un atierra pobre, de gauchos pobres. Mi imperio fue de lanzas y de gritos y de

arenales y de victorias casi secretas en lugares perdidos”, a Rosas “le tocó mandar en la ciudad”. Para Borges, en extraña coincidencia con Kusch, la ciudad ejerce también su corrupción al transformar la mera vegetalidad demoníaca de vivir, como la lucha de Facundo, en un sistema de poder para lo cual se debe doblegar. El caudillo, entonces, corre el riesgo de su propia ficción, de ser Rosas –“A mí me basta ser el que soy”, le hace decir Borges al final del cuento a don Juan Manuel, en una afirmación ciudadana digna de la teoría de Rodolfo Kusch- antes que el ignoto pero vital y vegetal Quiroga.

Por otra parte Kusch desliza esta afirmación sobre las masas: “La masa en todo esto no cuenta”. Sin dudas una afirmación de este tipo en el contexto del peronismo y en pleno debate sobre el papel de las masas en los gobiernos ya entonces comenzados a llamar “populistas”, resulta extraño.

Si la masa fuera mero hecho demográfico la afirmación de Kusch sería entendible en tanto ese elemento está fuera de las proposiciones filosóficas del texto. Pero la masa es el elemento en el cual el demonismo vegetal de América se da. La masa, la muchedumbre, la multitud, constituye en tanto “americana” el lugar donde la ficción de la legalidad ciudadana se corrompe y la realidad se manifiesta como hedienta y distendida. Ahora bien si la masa nada tiene que ver, no cuenta, respecto del caudillo, ¿cuál es la relación entre ambos elementos? En primer lugar para Kusch la masa es una fuerza natural sin forma y adquiere cierta posibilidad en el caudillo, por ejemplo. Así la masa es un sustrato que no actúa, sino a través de una semilla o una emanación vegetal. Es “silenciosa e inexpresiva”. Aquí hay un problema interesante en Kusch pues desvincula elementos que la tradición intelectual americana relaciona persistentemente y desde distintas perspectivas. ¿Cómo puede darse un caudillo sin masa? ¿Sólo a partir de su vinculación de entramado vegetal? Una afirmación tal, en 1953, pone en discusión un factor central de la legitimidad peronista, de la legitimidad del caudillo que más explorará geoculturalmente Rodolfo Kusch.

El subsuelo oscuro

“Oscuramente presentía que el hombre es digno
de serlo por lo que calla, no por lo que expone, por
lo que sofoca, no por lo que desencadena;
por lo que proyecta, no por lo que realiza” (SCALABRINI, 2008: 235)

El epígrafe de Raúl Scalabrini Ortiz, de *Tierra sin nada, tierra de profetas* (1946). Nos orienta en un sentido que parece anticiparse al Kusch de *La seducción de la barbarie*. Primero el valor de lo callado, de lo sofocado, es decir lo silencioso e inexpresivo, no desencadena ni realiza. Es decir no hace cosas ni provoca causas con sus respectivos efectos. Es decir el hombre scalabriniano no actúa en el plano de los objetos y de las leyes

que gobiernan la ciudad. Un acto, puede dar otros, puede haber leyes que expliquen esas relaciones y la cultura se convierte en un entramado legal que da paso a la ficción. Scalabrini “presiente” –un gesto cognitivo desplazado de la ciudad- oscuramente que el hombre proyecta, lanza hacia adelante, aquello que calla o sofoca. En otros términos el hombre calla la realidad pero la manifiesta en una imagen que lo contiene y lo lanza a una vorágine que sucede sin que ponga necesariamente en juego una afirmación. Lo que proyecta, el símbolo, le permite evitar la afirmación de una ley de correspondencia entre él y lo el proyect/o/ado. Así el hombre –la masa- proyectará sin que cuente como afirmación. El caudillo entonces, a la luz de Scalabrini, afirmará, hará proyecto, pero sin comprometer el silencio germinal de los hombres o las masas. Podremos comprender mejor la afirmación kuscheana de que el caudillo “no alcanza a ser un fin en sí mismo, sólo se hace sentir en tanto se antepone como realidad a la ficción ciudadana, aunque no escape a su propia ficción” (KUSCH, S/F: 54). Entonces la masa no tiene que ver con el caudillo en tanto no se afirma en él, pero sí proyecta a través suyo la negación del orden ciudadano, negación que es deformidad de caos, barbarie y sinsentido.

En el mismo libro Scalabrini incluye una versión de su famosa descripción de la jornada del 17 de octubre de 1945. Vale retomar algunos de sus párrafos:

“Corría el mes de octubre de 1945, el sol caía a plomo sobre la Plaza de Mayo, cuando inesperadamente enormes columnas de obreros comenzaron a llegar. Venían con su traje de fajina, porque acudían directamente desde sus fábricas y talleres. No era esa muchedumbre un poco envarada que los domingos invade los parques de diversiones con hábitos de burgués barato. Frente a mis ojos desfilaban rostros atezados, brazos membrudos, torsos fornidos, con las greñas al aire y las vestiduras escasas cubiertas de pringues, de restos de brea, de grasas y de aceites. Era la muchedumbre más heteróclita que la imaginación puede concebir. Los rastros de sus orígenes se traslucían en sus fisonomías. Descendientes de meridionales europeos iban junto al rubio de trazos nórdicos y al trigueño de pelo duro en que la sangre de un indio lejano sobrevivía aún” (SCALABRINI, 2011: 245)

La cita nos ubica en el escenario demoníaco fundamental del peronismo: la multitud en proceso de constituirse y emanar su proyecto: Perón. Perón es un caudillo³ que proyectará el amparo frente a la ley opresiva y ficticia de la ciudad, sin necesidad de que esa muchedumbre se convierta en una antítesis que la obligue a ser antagonista o polo tensivo. Decir Perón le permite a la masa-muchedumbre negar a quien la niega, pero sin dejar de buscar el equilibrio, el fiel que permita la vida. Proyectar(se) en Perón la salva de nombrarse, es decir de cosificarse y le permite entonces también fagocitar -seguir fagocitando- el determinismo legal de la civilización. La proyección del “subsuelo de la

³ La lectura completa del libro citado y de *Los ferrocarriles deben ser del pueblo argentino* (1946) dará cuenta de la potencia simbólica y de amparo de Perón para la “masa” a mediados de la década de 1940.

patria sublevado” no es necesariamente una nueva legalidad, sino un momento decisivo de negación de la dominación y la confianza en una nueva posibilidad de amparo.

Ahora bien, para 1953 los gobiernos de Juan Domingo Perón ya no son el caudillo que crece y ampara, no es Quiroga luchando batallas secretas, como imagina Borges. Para cuando Kusch escribe *La seducción...* los gobiernos peronistas han aprobado una nueva constitución nacional, han promovido la industria nacional al punto de hablar de la “burguesía nacional”; la CGT se convierte en la “columna vertebral del movimiento” y las relaciones sociales han cambiado con una multiplicidad de leyes que van del voto femenino a las vacaciones pagas; de la política de salud pública al estatuto del peón de campo. El peronismo ya no es algo que pretenda extinguirse luego de dar frutos, sino que más cerca de Rosas que de Quiroga, se erige como un intento de dominar la ficción y no sucumbir a “su propia ficción”.

La muerte del Chacho

Rodolfo Kusch publica *La muerte del Chacho* en 1960 junto con *La leyenda de Juan Moreira* y según la información de Muchiut, Romano y Langón no se estrenó sino hasta 1975 en Salta –cuando Kusch no había sido expulsado aún de la UNSa- y en las *Obras Completas*, tomo IV, se incluye una noticia del diario “La Nación” que indica que fue puesta en escena en 1988 en La Rioja en el marco de un festival de teatro⁴. Muchiut, Romano y Langón también consignan que fue leída por Radio Municipal en 1964. Estos datos ayudan a pensar que el circuito teatral de Kusch –como cuatro obras publicadas y representadas- fue por lo menos irregular. Formaba parte, sin dudas, de su intento por comunicar su mirada sobre América a partir de la estética y el teatro implicaba un lenguaje que permitía el uso del recurso literario –algo que en *América Profunda* todavía es un recurso al que apela asiduamente- para plantear problemas que aún no consolidaba teóricamente.

Nuestra hipótesis es que Rodolfo Kusch aún no ha resuelto, en el segundo lustro de la década de 1950, su relación con el peronismo. No sólo porque éste se hubiera convertido en “su propia ficción” sino porque la discusión sobre Perón y el justicialismo había convergido en el ancho río de los debates sobre la nación. Así desde 1956 encontramos una serie de publicaciones que discuten el sentido de la historia reciente argentina⁵. Kusch, que como vimos, ya había asomado a esta discusión, se introduce en el debate por la vía “indirecta”. No es inocente que elija una figura “lateral” del revisionismo: Ángel Vicente Peñaloza, el

⁴ MUCHIUT, Mary, ROMANO, Graciela y Mauricio LANGÓN, “Bibliografía de Rodolfo Kusch (1922-1979)”, en AZCUYA, Eduardo (comp. y prólogo): *Kusch y el pensar desde América*, Buenos Aires, Fernando García Cambeiro, 1989.

KUSCH, Rodolfo *Obras Completas*, tomo IV, Rosario, Editorial Fundación Ross, 2007.

⁵ En realidad esta serie polémica comienza en 1954 con *Crisis y resurrección de la literatura argentina* de Jorge Abelardo Ramos. Luego del golpe de 1955 y de la reacción antiperonista se publica en 1956 *Civilización y Barbarie en la historia de la cultura argentina* de Fermín Chávez; *Los profetas del odio* de Arturo Jauretche. En 1957 Juan José Hernández Arregui edita *Imperialismo y cultura*. Estos son sólo los emergentes de un movimiento mucho más nutrido y heterogéneo.

Chacho. El Chacho, caudillo montonero de La Rioja y de todo el oeste andino del país, no representa en la historiografía, ni en la “oficial” ni en la revisionista, un objeto de culto entonces. Lugarteniente de Facundo, fue antirrosista luego del asesinato de este y por lo tanto combatió a las fuerzas federales hasta Caseros. Luego fue fervoroso urquicista, aunque debió tomar decisiones políticas que no conciliaban con el mitrismo, como sí hizo, en cambio, el jefe entrerriano.

Peñaloza no podía ser recuperado por el nacionalismo de mediados del siglo XX como modelo político compatible con el Juan Manuel de Rosas: no defiende un sistema –la nación, la federación, el orden jerárquico tradicional- ni tampoco es un modelo para los liberales. Sin embargo el Chacho ya había sido objeto de disputas políticas y filosóficas en las plumas de Sarmiento y Hernández⁶, así que Kusch elegía un personaje histórico quizás olvidado a mediados de siglo XX, pero de fuerte presencia en los debates fundacionales de la “nación” argentina. La elección no podía ser inocente. El Chacho por un lado recogía un destino trágico, paralelo con el destino mismo de sus propios montoneros. Por otro lado tenía la singularidad de no haber sido ni un gran terrateniente ni gobernador de su provincia. Su poder político y militar apenas si tuvo un reconocimiento institucional –comandante de armas de la provincia de La Rioja y general de la nación-, pero fue una realidad insoslayable para el poder liberal. Fue también parte de un puñado de hombres políticos que no terminó adaptado/adoptando la nación liberal como propia. En ese sentido Chacho Peñaloza no supone un modelo alternativo, un polo antitético, al liberalismo. Al contrario, el caudillo parece responder a la mirada de Kusch de *La seducción...*: creció y murió al margen de la ciudad y su amparo duró, vegetalmente, un ciclo y se agotó. Ese eje es el que nuestro autor recupera para reflexionar sobre el presente de su producción. En otros términos: Kusch aportará a la discusión sobre el peronismo y Perón no directamente –aún no lo hace, luego vendrá el momento político de asunción directa del problema- sino a partir de la figura paradigmática del caudillo popular cuyo destino trágico bien justificaba su leyenda y disponía una materia prima literaria eficaz para discutir en plena vigencia del decreto 4161⁷.

⁶ José Hernández, a propósito del asesinato del Chacho, publica *Vida de El Chacho. Rasgos biográficos del general de la Nación Ángel Vicente Peñaloza* y en 1865 Domingo Faustino Sarmiento publicará *El Chacho*. Ambas obras son resultado de campañas periodísticas destinadas a enaltecer o denigrar la figura del caudillo riojano.

⁷ Decreto-ley de 1956 del gobierno dictatorial de 1956 que prohibía toda referencia a Perón, Eva, al justicialismo o a cualquier elemento que recordara los gobiernos peronistas y sus símbolos. .